

TRES ENRIQUES

Enrique González Martínez
Enrique González Rojo
Enrique González Rojo Arthur

Prólogo de Salvador Elizondo
Selección de Alicia Torres
y Enrique González Rojo Arthur
Ilustraciones de Fernando Leal Audirac

21



Ediciones Papel de Envolver / Colección Luna Hiena
Universidad Veracruzana

Primera edición, 1988

A. J. Fernandez, Editor

CONSEJO EDITORIAL:

Esther Hernandez Palacios

Carlos Juan Islas

Ramón Rodríguez

Diseño y dibujos de forros: Pepe Maya

Derechos Reservados, 1988, Universidad Veracruzana

DIRECCION GENERAL DE EXTENSION UNIVERSITARIA

Departamento de Publicaciones

Apartado Postal 97, 91000 Xalapa, Veracruz, México

Impreso y hecho en México

ISBN 968-834-031-6



EN FAMILIA:

Contienen y resumen las páginas de este breve libro los mejores ejemplos de una obra en la que con insospechada armonía se acuerdan las voces de tres generaciones de poetas que entonaron o entonan, como en el vaticinio del mayor de ellos, una misma canción. Sus diversas concepciones de la poesía ilustran algunos de los momentos más intensos y más característicos del desarrollo de la poesía mexicana en el presente siglo.

Tocó a Enrique González Martínez cumplir una doble tarea de enorme importancia en su momento: en primer lugar poner un fin cruento a la frivolidad y la "elocuencia" del modernismo; en segundo lugar enseñar la poesía francesa de simbolistas y parnasianos a Ramón López Velarde y a algunos de los jóvenes que más tarde formarían el grupo de "Contemporáneos". En ambas tuvo éxito y de ellas derivaron las dos grandes tendencias de la poesía mexicana actual: la de las ideas y la de las imágenes.

Vislumbramos ya —en las páginas de la revista *"Pegaso"*, 1917, de la que era jefe de la sección "Problemas de Ajedrez"— la inquietud intelectualista y purista de Enrique González Rojo. La admonición paterna que clamaba por una mayor profundidad de la poesía fue pospuesta en sus primeros libros en favor de las virtudes más inmediatas de la técnica poética: la agudeza verbal o la nitidez de la imagen. Su vida no fue corta si se la juzga por el número de intentos y de intentos logrados. Es el único poeta culto que ha conseguido hacer algo digno con la poesía popular de la forma "corrido" en su Romance de José Conde, el poema más bello —tal vez por eso el único verdadero— que se ha escrito acerca de la revolución de 1910. Rescató también para nosotros en poemas de exquisita tersura un género en cuyos repulidos mármoles rayó sus iniciales Goethe, las "elegías romanas" y fue, en la pléyade de los "Contemporáneos", el único en tratar el tema que, según Valéry, es el más difícil de toda la poesía: el de la luz. De sus últimos poemas, publicados después de

su muerte se diría que fue, con Jorge Cuesta, quien siguió con más rigor la preceptiva del autor de *El cementerio marino*, heredada de Mallarmé: la poesía no es ni profunda ni superficial; la misión del poeta es la de hacer más pura el habla de la tribu; la poesía sólo puede ser pura.

Tocaría al hijo de este poeta, Enrique González Rojo Arthur, mi primo y mi primer maestro de literatura española, rescatar en un estilo discursivo lleno de humor y de lúcido ingenio la lección filosófica del "hombre del búho": Confluyen en su obra desde la época en que publicó su primer libro, *Luz y silencio*, 1947, las tendencias características que animaron la de su abuelo y la de su padre, pero refinadas y puestas al día, confundidas y entrelazadas en una trama orgánica de imágenes a la vez consecuentes y fantásticas. Se puede decir que a la sabiduría y a la sensibilidad él aporta la imaginación.

Salvador Elizondo

ENRIQUE GONZALEZ MARTINEZ
(1871-1952)



CUANDO SEPAS HALLAR UNA SONRISA ...

A Ricardo Arenales

Cuando sepas hallar una sonrisa
en la gota sutil que se rezuma
de las porosas piedras, en la bruma,
en el sol, en el ave y en la brisa;

cuando nada a tus ojos quede inerte,
ni informe, ni incoloro, ni lejano,
y penetres la vida y el arcano
del silencio, las sombras y la muerte;

cuando tiendas la vista a los diversos
rumbos del cosmos, y tu esfuerzo propio
sea como potente microscopio
que va hallando invisibles universos,

entonces en las flamas de la hoguera
de un amor infinito y sobrehumano,
como el santo de Asís, dirás hermano
al árbol, al celaje y a la fiera.

Sentirás en la inmensa muchedumbre
de seres y de cosas tu ser mismo;
serás todo pavor con el abismo
y serás todo orgullo con la cumbre.

Sacudirá tu amor el polvo infecto
que macula el blancor de la azucena,
bendecirás las márgenes de arena
y adorarás el vuelo del insecto;

y besarás el garfio del espino
y el sedero ropaje de las dalias...

y quitarás piadoso tus sandalias
por no herir a las piedras del camino.

[Los senderos ocultos; Mocolito, 1911]

MAÑANA LOS POETAS...

Mañana los poetas cantarán en divino
verso que no logramos entonar los de hoy;
nuevas constelaciones darán otro destino
a sus almas inquietas con un nuevo temblor.

Mañana, los poetas seguirán su camino absortos
en ignota y extraña floración,
y al oír nuestro canto, con desdén repentino
echarán a los vientos nuestra vieja ilusión.

Y todo será inútil, y todo será en vano;
será el afán de siempre y el idéntico arcano
y la misma tiniebla dentro del corazón.

Y ante la eterna sombra que surge y se retira,
recogerán del polvo la abandonada lira
y cantarán con ella nuestra misma canción.

La muerte del cisne, México, 1915)

PARABOLA DEL HUESPED SIN NOMBRE

Han llamado a mi puerta,
que siempre está de par en par abierta
y que esta vez la ráfaga nocturna
cerró de un golpe...

Sola y taciturna,
en el umbral detiénese la extraña
silueta del viador. Lívida baña
su faz la luna; tiene el peregrino
sangre en los pies cansados del camino;
ojos en que retrátase y fulgura
una vasta visión que a tiempo dura
en incesante asombro;
y con la gruesa alforja, la insegura
mano sustenta un báculo en el hombro.

—¿Quién eres tú? ¿De dónde
vienes, y a dónde vas?...

Y me responde:

—Nunca supe quién soy, y no sé nada
del principio y el fin de mi jornada.
Yo sólo sé que en la llanura incierta
de mi peregrinar, llegué tu puerta;
que mi cansancio pide tu hospedaje,
y que a la aurora seguiré mi viaje.

Destino, patria, nombre...

¿No te basta saber que soy un hombre?

A sus palabras pienso que mi vida
es como una pregunta suspendida
en el arcano mudo, y digo:

Pasa,
sea la paz contigo en esta casa.
Y entra el viador, y nos quedamos luego
al amparo del fuego.
Nuestro mutismo sobrecoge y pasma,
y cual doble fantasma
que evocara un conjuro,
se alargan nuestras sombras en el muro

[Parábolas y otros poemas, México, 1918]

CASA CON DOS PUERTAS

Oh, casa con dos puertas que es la mía,
casa del corazón vasta y sombría
que he visto en el desfile de los años
llena a veces de huéspedes extraños,
y otras veces —las más—, casi vacía!...

Casa que en los risueños
instantes de la vida, miró absorta
la fila interminable de los sueños,
de arribo fácil y de estancia corta ...

¡Cuan raro fue el viador que en la partida dejó,
para los tránsitos futuros,
una hoguera encendida
en la piadosa puerta de salida
o una noble inscripción sobre los muros!

Los más dejaron, al fulgor incierto
de un prematuro ocaso,
algún jirón en el umbral desierto,
el alma errante de algún himno muerto
o un desgaste de piedras a su paso.

Sólo el silencio de la paz nocturna,
prende su lamparilla taciturna
huésped desconocido ...
Y se pregunta mi inquietud cobarde
si es un cansado amor que llegó tarde
o es un viejo dolor qué no ha salido.

[La palabra del viento, México, 1921]

DOLOR

Mi abismo se llenó de su mirada,
y se fundió en mi ser, y fue tan mía,
que dudo si este aliento de agonía
es vida aún o muerte alucinada.

Llegó el Arcángel, descargó la espada
sobre el doble laurel que florecía
en el sellado huerto... Y aquel día
volvió la sombra y regresé a mi nada.

Creí que el mundo, ante el humano asombro,
iba a caer envuelto en el escombros
de la ruina total del firmamento

¡Mas vi la tierra en paz, en paz la altura,
sereno el campo, la corriente pura,
el monte azul y sosegado el viento!...

[Poemas truncos, México, 1935]

EL HIJO MUERTO

La voluntad inclino
y en mi sangriento corazón sepulto
tu mirar azorado y diamantino,
(¿Lámpara en vela?... ¿Llamamiento oculto?...)

!Laurel de mi camino,
del alba flor, frescura meridiana,
bordón en el cansancio vespertino!...

¿Qué arquero de traición en la mañana
te hizo caer, a punta de saeta,
ala sin vuelo, víctima temprana?

Soñé con tu palabra de poeta
para forjar en luminoso día
la estrofa presentida o incompleta.
Prendí tu antorcha...Pero boca impía,
soplando con aliento de pavora,
mató su llama sin tocar la mía...
Como pájaro ciego en la espesura
que a golpes busca al prófugo del nido,
se estrella en tu silencio mi locura.

¿A qué reino de sombras has huido?
¿Qué lengua aprenderé para llamarte?
¿Qué viento me dirá que me has oído?...

Brújula de dolor para buscarte,
se queda mi lamento suspendido
en el misterio trágico del mundo
¡Oh, qué callar profundo! ...
¿Contra quién me rebelo... o a quién pido?...

[Bojo el signo mortal, México, 1942]

ULTIMO VIAJE

Camino del silencio
se ha ido. Va delante
de mí. Lleva su antorcha
a salvo ya de la traición del aire.

Va musitando el verso que no pudo
decir la última tarde.
Se perdió su sonrisa, y en sus ojos
tiembla el hondo pavor del que *ya sabe*.

Lo llamo, lo persigo. Ya no vuelve
el rostro a mí para decirme: "padre,
ésta es mi juventud, yo te la entrego;
éste es mi corazón y ésta es mi sangre".

Cuando mis pasos, que la ausencia anima
y le siguen en pos, le den alcance,
juntos los dos ante el cristal que funde
liberadas del tiempo las imágenes,
veré su faz y miraré su frente
en el hombro paterno desmayarse.

Allí sabremos quién ordena
Partir un día, y la razón del viaje.

[Bajo el signo mortal, México, 1942]

EL CUENTO

Este era un gato" ... Y siempre idéntico relato...
"Este era un gato
con cola y pies de trapo, con ojos al revés"
Y mis ojos clavados en la imagen difunta,
y los labios maternos con la misma pregunta:
"Te lo cuento otra vez?" ...

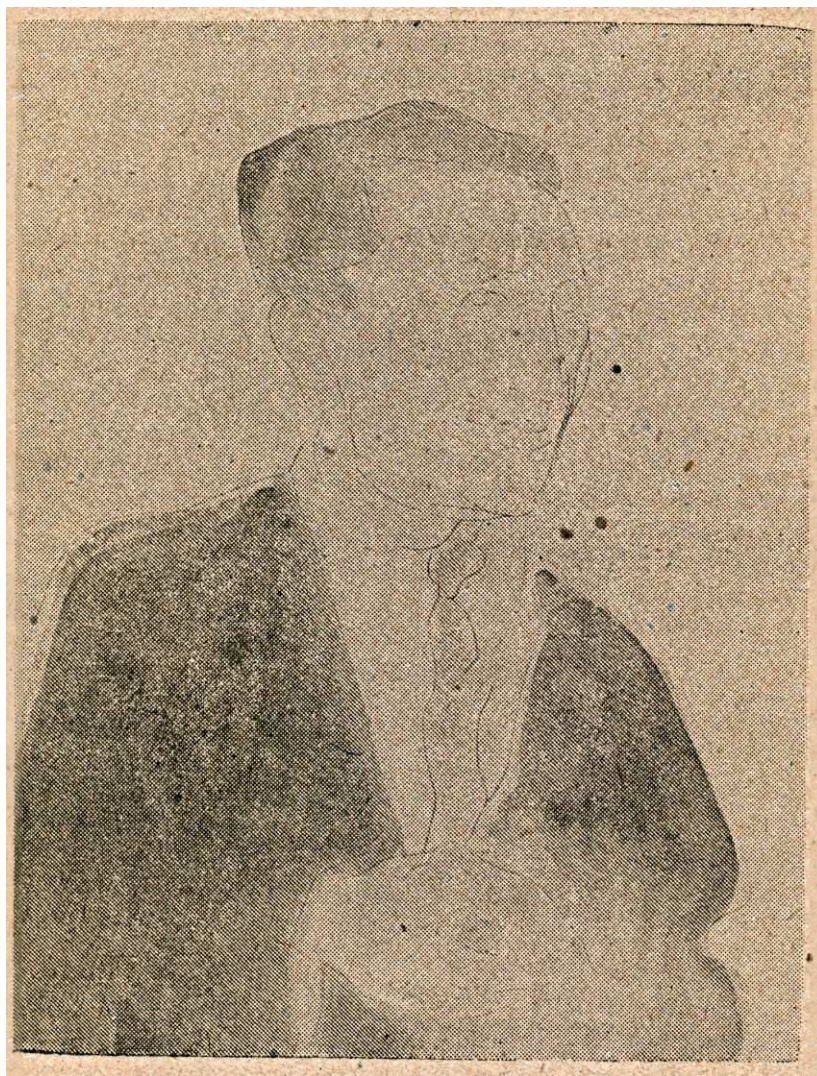
Y pasaron las risas, los saltos y los juegos,
la danza de las nubes y los desasosiegos
de otro tiempo que vino cuando huyó la niñez ...
Y la vida seguía con el mismo relato
pueril: "Este era un gato"....
Y la misma pregunta: "¿Te lo cuento otra vez?"

Y pasaron, pasaron las horas y los días,
y los años de ausencia de tantas cosas mías,
los amores lejanos y los cantos de ayer
Y la vida narraba aquel cuento insensato
y trivial: "Era un gato" ...
Y la eterna pregunta: "Te lo cuento otra vez?"

Hoy vengo de la sombra, de sepultar un sueño,
un sueño que es el último, y ya no tengo empeño
de escuchar esa absurda historieta sin fin.
Y al sentir que la vida da principio al relato
de ayer: "Este era un gato" ...
digo: "Ya no lo cuentes, y déjame dormir" ...

[Vilano al viento, México, 1948]

ENRIQUE GONZALEZ ROJO
(1899-1939)



GUIJARROS

A Bernardo J. Gastélum

Qué haré yo con tantos guijarros?
Son duros y lisos, redondos y claros.
¿Qué haré yo con tantos guijarros?

Con ellos podría construir un palacio
o tender un puente sobre el lago.
Con ellos podría -hondero fantástico-
derribar uno a uno los astros.
Contando el tesoro; pasará mil años.
¿Valdría la pena contarlos?
Y luego, ¿qué haría con tantos guijarros?

Las ondas transcurren con un solo cántico
las hojas se caen del árbol,
los vientos murmuran de paso.
Y mientras, ¿qué hago con estos guijarros?

Sentado a la orilla del lago,
pasaré mi vida lanzando a las ondas guijarros,
guijarros...

Miraré los círculos que se van formando,
creciendo primero y después borrando.
Oiré cómo se hunden cantando.

Y todo será tan limpio, tan claro:
las aguas profundas, los días de mayo,
la luz en los ojos, la fuerza en el brazo,
y siempre cayendo guijarros, guijarros...

[Espacio, Madrid, 1926]

ELEGIAS ROMANAS

I

Palabra. Si te dijera,
se fugarían los pájaros de las ruinas.
Haz polvo entre mis dedos
la blancura del mármol,
olvida y recuerda tu nombre tres veces seguidas.
Despacio,
como quien teme turbar el aire después de la lluvia
y queda, de pronto, inmóvil,
muerta la prisa y la sonrisa.
Silencio
de una piedra asomada en el musgo
como una mirada furtiva.
Palabra,
lluvia en el tiempo que agoniza.

II *Ariana*

En tus ojos eternamente cerrados
-afuera el mar ahoga tus ensueños-
perdura todavía el goce último.

Olvido de tus ojos
y alerta de las líneas impuras de tu cuerpo,
donde un frío de mármol canta.

En tus ojos eternamente unidos y sellados,

en la ignorancia del dolor y la sonrisa,
aún tiembla sólo un beso, el último.

Traición en el rumor de la resaca.
La vela triangular, los cien remeros ágiles
y la fuga del héroe.

Ya, dormida,
cada pliegue es eterno hasta tus plantas.
Dormida,
el viento ya dejó de ser caricia
desde tu cabellera a tu garganta.
Dormida ya, dormida,
nunca sabrás nada.
En sueño frente al amar, eternamente
dormida Ariana.

III. *Juturna*

La luz polvo de mármol,
la aurora sol del tiempo,
y la sombra de tres columnas
blancas sobre tu falda.
Ya sólo tú, Juturna,
vives inútil por inútil sola,
el chorro extinto de tu fuente
y las verdes agonías de tus aguas.
Ya sólo tú, Juturna,
con la voz que se niega
en la trágica huida de corceles

ante el vulgar asombro.
Palabra que fue sonata.
Arena sopor de siglos riega tu entraña.
Ya sólo tú, Juturna,
hecha silencio, olvido, estatua.

IV. *Madrigal en el Palatino*

Nada sabemos, si no es la tierra
en que descansamos unidos;
si no es sabor del agua entre los musgos
contritos;
si no eres tú, cielo de Roma que yo no miro,
mientras sus ojos te contemplan...
¡Ojos que te han hallado y me han perdido!

V. Via Appia

Cada paso en las piedras sordas
no me aleja de ti. Es un regreso
a la memoria, frío litoral del tiempo.
Distante me eres por la imagen,
pero cercana por el recuerdo.
En un ir y venir, horas sin prisa
se hunden en la inmovilidad de tu campo desierto.
Cerca, lejos de mí, huyes y tornas
a tu pulimentada faz de espejo.

¿Acaso
naces de esta agonía que tú misma sembraste?
Pasos que si se alejan te construyen.
Tiempo, que más que tiempo, es arquitecto.
Como testigo, un árbol
con su verde racimo de miradas.
Y este hombre solo a solas
con tu continuo renacer de viento.

VI. Pausa

Ala suspensa en el viento,
viento que aguarda la lluvia;
pausa de oro,
pausa en el tiempo madura.

Agua de todas las fuentes,
piedra de todas las rutas,
marea de horas distintas
sobré la playa de la hora única:

Árbol, un árbol que suelta
de su rama pesada la fruta;
nube, la nube que Viaja
en vuelo de clámides juntas.

Pausa de oro,
pausa en el tiempo madura.

VII Atardecer en el Pincio

Nace en la luz,
se vierte de tus ojos,
se forma con el signo preciso de tus manos.
Resbala ya, madura,
cuajada en tiempo,
fiel, perfecta.

Ahora que suspende la colina
un viaje al sol, abajo se dilata
su rumor de silencio y de reposo.

¡Déjala ya, que está dormida, déjala!
Clara en su desnudez, pura en su gracia.
¡Déjala ya, que está desnuda y sueña!

VIII. Ostia

Se anuncia
sobre las verdes olas de la mañana
y es una perla en el seno del día.
¿Dices tú, marinero,
que es estrella del alba?

Nieve,
nieve más blanca

que el júbilo infantil de tu mirada.

Se pierde
entre la bruma rosa del tiempo,
sobre la tierra que se adelanta,
y se nos huye de los ojos,
y se nos queda dentro del alma.
Dices tú, marinero,
que es estrella del alba?
Ay, la ribera que viene,
ay, la ribera que nos alcanza,
ay, la esperanza que se nos pierde
al encontrarnos con la esperanza.

IX. Foro Romano

Muy lejos, muy lejos, tan lejos
que no habíamos nacido todavía.
Y los senderos de aquel jardín de mármoles
donde el viento rozaba las columnas
y caían los números romanos.

Y lejos, mas tan lejos
que no habíamos cantado todavía,
murieron un instante clima y tiempo.
Tal vez una palabra fugitiva
lanzada como piedra a tu silencio.

[*Elegías romanas y otros poemas*, México, 1941]

SOBRE LA CONTEMPLACIÓN Y MUERTE DE NARCISO

I

La recatada selva que perdura,
fija obsesión, enhiesta arquitectura,
reverdece el rigor de su destino.
Desprende el viento en renovado viaje
gotas de luz,, tesoro del follaje,
liviano fruto de laurel divino.

El alba, que se asoma tras un velo
de gasa y nube en sorprendido cielo,
prende vivo rubor en cada rosa
cuyos secretos labios desanuda,
mientras brilla en los pétalos desnuda
la pura perla matinal gozosa.

Todo es igual. Y yo, sujeto al mismo
recodo de la fuente, mi bautismo
de eternidad recibo con espanto.
Signo de soledad para mi frente,
agua de sombra; y en el labio ardiente,
la amarga sal para el futuro canto.

implacable y eterna, cada hora
hiere sobre mis ansias. Si la aurora,
con despiadada y roja quemadura;
y la noche me entume con el frío
de su abrazo a la margen de este río
donde mi desconsuelo se madura.

Pienso en aquel que en la penumbra ingrata
de la prisión, sus vínculos desata
y rompe sus cadenas y cerrojos.
¡Pobre de mí, que sin morirme muero,
de mis hundidas plantas prisionero
y en libertad las ansias y los ojos!

Pasan las Ondas. Su menuda prisa
Sólo pliega el cristal, vaga sonrisa
en intocados labios, leve arruga
sobre la limpia placidez del raso.
Pasan las ondas, y el continuo paso
es como una esperanza que se fuga.

Alada pluma, fugitivo empello,
asciende el ave. Su volar de sueño
huella la altura que al humano asombra.
Y mis ojos contemplan esa huida,
Y saben que en el aire suspendida
sombra es el viento y solamente sombra.

Mientras, clavado estoy en el profundo
corazón de la tierra. Si en el mundo
brotan renuevos, brilla la esperanza,
surge el amor y se eterniza el juego:
sólo ceniza soy en torno al fuego,
sólo quietud en donde el hombre avanza.

Y me asomo a la fuente apetecida;
pulimentado espejo que convida
a contemplarse eternamente a solas.

En el quieto cristal, la imagen pura
nace en si misma, forma su figura
y tiembla a la caricia de las olas.

II

Muda pasión de atardecer resbala
en tamizada luz, íntima escala,
diurna Selene, plateada vía.
Une su voz el sosegado viento,
y a su palabra de divino acento
el campo se estremece todavía.

Fijo de claridad, limpio de bruma,
el río prisionero de la espuma
rompe la diamantina telaraña.
En el móvil cristal en que se ahogan
prisa y afán, los ojos interrogan
su espejo de crepúsculo y montaña

Secreto asombro sin cesar vivido.
Muere, vuelve a nacer, y el perseguido
rostro se asoma en cristalina huella.
Rayo solar que en la celeste ruta
hiere las aguas y su ser trasmuta.
en tibia llama y sorprendida estrella

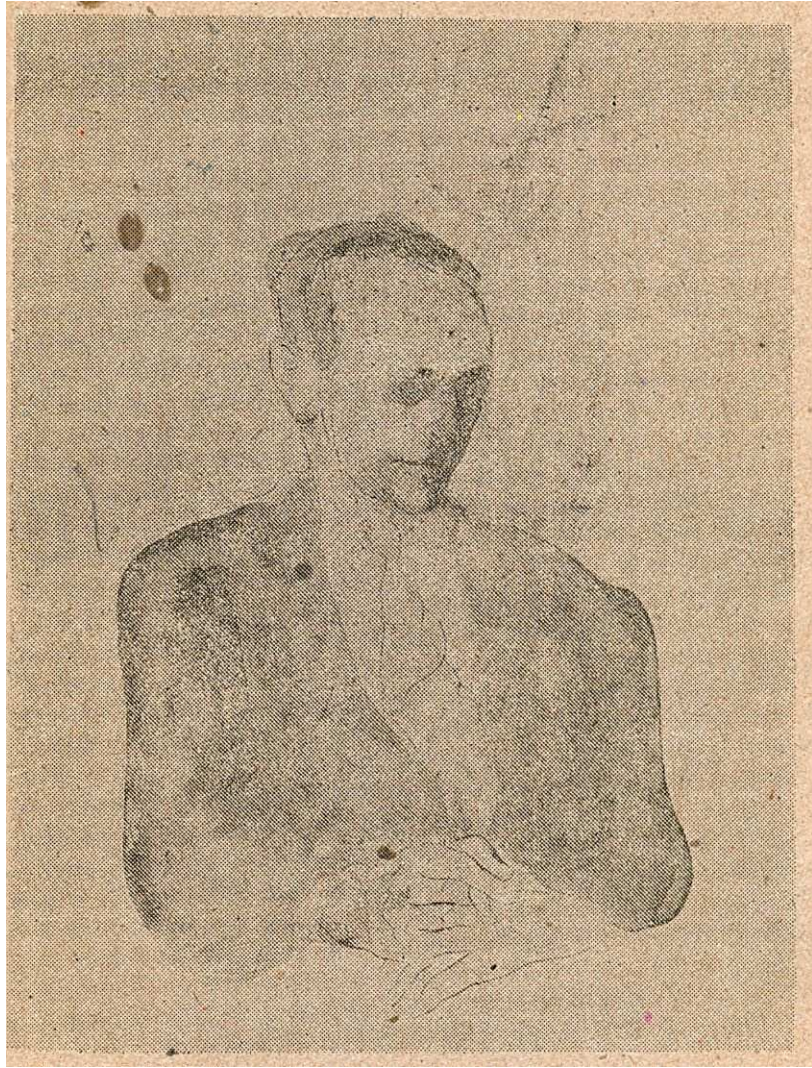
Desde hace siglos busca la mirada
respuesta de tus ojos. La llamada
de Eco gentil, desesperada nota,

cruza los aires, llega a mi retiro;
pero sordo a la voz, apenas miro
tu faz de abismo que del tiempo brota.

En la aterida soledad se aleja,
inútil ya, la desolada queja
que hiere los sentidos. Y reposa
la angustia del oído, sin que nada
detenga la avidez de la mirada
ni turbe su violencia presurosa.

Pesado fruto, colosal racimo
de temor, de esperanza, cuando arrimo...

[Este poema quedó inconcluso por la muerte del autor]



ESTUDIO EN CRISTAL

Agua profunda ya, sola y dormida,
en un estanque de silencio muda.
Más allá dé tu sueño; la memoria
en una tersa aparición de lago,
en una clara desnudez de cielo,
en reposo y sin mácula de nube.
Sobre tu lecho, diálogo de frondas
con sílabas maduras en la tarde;
la joven rama verde que se enjuga
los dedos de esmeralda entre tus linfas,
traza arrugas de círculos fugaces
que liman la quietud de la ribera.
A la frase del viento que se moja
y roza con sus alas este olvido,
el sueño, el despertar, el sueño solo,
y la imagen del sueño que resbala
por tu impoluta claridad de espejo

Nace un tiempo sin alas, tiempo inútil,
encadenado a la falaz orilla
y quietas las gacelas de las horas.
La par presencia de los ojos hunde
en los vivos cristales la saeta,
que hiere reflexiva a quien la manda;
el lumínico vaso se desborda
y hay una blanca y segadora luna
que nada entre las ondas de improviso.
Surge la línea de horizontes nuevos,
yace el rojo crepúsculo de antaño
entre las fauces del dragón marino;
y el verde mar de la leyenda copia,
en su azogada plenitud nocturna,

la lividez del astro como perla.
No más color. Lo negro está en la noche,
y apacienta sus tímidos rebaños
de sombras, por las sombras de la ruta,
y hacia los prados límites del miedo.
Bajo dosel de mármoles felices,
en la hora precisa de los mármoles,
la segura mañana se despierta,
los cabellos desata, y ¡oh prodigio!,
va floreciendo en el palor del nardo
la bella y sola y plácida blancura.

En el cristal, la frente que se inclina,
purificada en su amplitud serena,
raudo bajel por las eternas aguas.
Ayer no más, flotaba entre las olas
víctima de los vientos implacables
y presa de los ciegos torbellinos.
¡Hasta cuándo, Señor, la misma lucha!
¡Hasta cuándo este vértigo!, las rotas
jarcias sin vida, las informes velas,
el mástil loco y el timón sin rumbo.

¡Sólo Un milagro!... Y el milagro vino
exhalando los ángeles su aliento
más que el viento en la cresta de las ondas,
en sosegado aceite la premura.
Con la ilusión de la postrera escala,
el ancla. se hunde en el ansiado puerto;
el chirriar de pesados eslabones
emprende el viaje hacia el abismo oscuro,
bajo la losa de los cielos claros
y en apartada soledad de viento.
Prisionero en las velas recogidas,
un retardado son de las borrascas
se escapa de la cárcel de las lonas,

y el último gemido de los aires
se estremece en el casco sin sentido.
Hoy se refleja en el cristal la pura
majestad del olvido; y al amparo
de tormentas marinas, se recrea
en la virtud de su silueta inmóvil
y en la firme columna del descanso.

¿Y la voz? ¿Y la voz que siempre tuvo
Ancho sendero en la florida boca?
Escapada al espejo de otros años,
corre tímidamente y se deslumbra
ante la misma luz que la refleja.
Nace aurora sin alas, tiempo niño,
puro el ensueño, la mirada loca,
irreflexivo el dora de la palabra.
Torpe vuelo que sube y que culmina
en la ignorancia de su propia altura
y en la eficacia de su impulso alerta.
Mido sus remos amplios en la hora
que acaba de nacer, pero me falta
el instrumento rudo, fiel, preciso,
que me convierta en número su cinto.
¡Líbreme yo, si en rapto de cordura,
ahogo el canto al exprimir la nota
y antes que la ascensión miro las alas!
Pero la voz de la poesía eleva
consigo la virtud que se remonta
en apretada pluma de sonidos.
Raya el cristal su música de nieve,
y en el reflejo de las aguas puras
se cristaliza una canción exacta,
libre y presa a la vez, cálida y fría.

¡Como este espejo en que me miro el alma!

[Plural, junio de 1981]

ENRIQUE GONZALEZ ROJO ARTHUR
[1928]



INVITACIÓN

Con la caña en las manos, la carnada
de la paciencia presta entre las sienes,
pesco dentro de mi, pesco en el lago
de mi vida interior, mi ser de niño.
Lo saco lentamente. Lo contemplo
roto; enlamado, viejo.
Le doy respiración artificial.
Lucho por conquistarlo,
le pregunto a las fosas nasales de su pulso.
Se anima poco a poco. Poco a poco.
Lo acorralo en sus sílabas primeras.
Entiendo su dolor. Oigo su grito.
Hojeo lentamente sus sonrisas.
Me aprendo de memoria la secuencia
de sus respiraciones.

Hoy hay fiesta en mi pecho.
Se invita a los adultos
que gustan del deporte de la pesca.

[Por los siglos de los siglos, México, 1931]

A SOLAS CON MIS OJOS

Cincelado por el mar de la placenta
nace en mi cuerpo el islote
donde habita, Robinson de mi cerebro,
la soledad conquistada
por la carne con sus límites.
En este claustro de arena,
junto a las palmas, jirafas
que mordisquean el cielo,
la playa muerta de brisa,
los cangrejos que casi vuelven uno
su miedo y su orificio,
las caracolas que venden en su puesto
el mar a retacerías,
mi pulmón dio sus primeros
pasos de aire.

Rodeado
por el flujo y el reflujo de la asfixia,
en esta isla de oxígeno, mi llanto,
mi vómito de notas disidentes,
me instaló en la existencia,
y me puse a mover, torpe, las manos
hasta dar, en el juego, con la doble
sorpresa de mis puños.

Aunque de terciopelo,
fue el vientre de mi madre
mi primera colección de paredes.

Mi islote está lamido por las olas,
por las lágrimas de todos
los peces.

La soledad, la isla, mi cuerpo,
todo empezó a subir por la escalera
del tiempo, de los cumpleaños,
de pasteles rellenos de lo efímero,
de relojes que se hallaban
masticando y masticando sus gerundios.

Y ahora me hallo solo, solo y mi alma
se siente acorralada en la vivienda
en que sólo un rincón de telarañas
neurálgicas resulta ser el cuerpo.
Me hallo solo, y qué cosa
peor que darse cuenta
que tan sólo las manos
nos hacen compañía.
Que todos mis sentidos están sintonizados,
con mi antena de tísico,
para oír, en el tráfigo de cosas,
una voz, un rechinido de palabras,
la música infinita que incluye cada nota,
alguien que sepa oír,
que tenga las orejas adiestradas.
por millares de letras amorosas

Las manos en la mesa, como cartas,
jugando un solitario de ademanes.
La mirada en los cuatro rincones del reajo.
Los hombros fatigados
de cargar la mochila de su angustia.
La pluma arrodillada ante su tinta.

Y las patas de araña del poema
que atraviesan, veloces, por la pagina
tras el pequeño insecto de una imagen.
Corriendo a un lado y otro de mi cólera,
desgañito vocales emotivas,
doy forma acicular a alguna letra
y alcanzo un do de entraña.
Araño las paredes de mi grito.
Mas las cosas prosiguen impasibles,
recitando en voz baja la distancia
que guardan con mi espíritu,
y sin abrir un poro, un solo poro
de sorpresa en su epidermis.

Estoy frente a la cama,
los libros, los anteojos, los cajones.
Es inútil hablarles,
encadenar mi lengua a su sordera.
Estúpido pasarles por la nuca
mi mano que sufre hambre de otra mano,
como el fruto escindido
que vive la acidez de su fragmento.

A solas con mis ojos. Conversando
con mi frente, mis labios, mis rodillas.
Hablando por los codos con mis codos.
Recitando a mis uñas
mis poemas más fáciles, aquellos
que escribo con la mano en la cintura
de mi musa. Lanzando, como el canto
de luz de una sirena,
mi faro a los navíos
que no supieron darle su alimento
de puntos cardinales a la brújula.

A solas con mis párpados.
Hablándole de usted a mis audacias.
Alzándole la voz a mi saliva
conformista. Dictándole epigramas
a mi tacto. Buscando la manera
de arrugar la hemicrania y arrojarla
al cesto de papeles.
Prohibiéndole al cerebro de la mano
inventarle fantasma a las caricias
y dar de cuando en vez algún portazo
con una puerta falsa.

Ardo en mi soledad. Invito al viento
a acostarse conmigo.
Le acaricio a la atmósfera la espalda.
Le desprendo al ambiente los botones
de sus prendas más íntimas.
Hurgo en la almohada senos.
Corro tras de los labios que se forman
en los pliegues de lino de mi cama.
Y entrecruzo, al dormirme,
mis piernas con las piernas del cansancio.

Termina el año. *Diez, nueve.*
Se sienten sus estertores. *Ocho, siete.*
Todos los intersticios del espirita
se colman de confetti.
Seis, cinco. Se escucha afónico,
y a toda saliva, el radio.
Cuatro, tres. El estruendo
da un salto y se coloca en el peñasco
de su mayor volumen.
Dos, uno. Todos lloran y se estrechan,
cantan, gimen y sus dedos entrechocan

paré esculpir una tribu,
un corro fraternal, una colmena
en que, amantes, las manos, poseyéndose,
van pasándose miel unas a otras.
Pero yo me encuentro solo. Prisionero
de las cuatro paredes del oleaje
y su eterna rñarea de barrotes.

Tiene el ave a sus alas como el preso
a la llave maestra del indulto.
Pero yo estoy aquí torpe, sin alas,
con un ardor de muros en el pecho,
el corazón cuarteado,
soñando en la pomada de tu cutis
y en que un día también la cerradura
será presa de un síncope y perezca
con estertor de llaves.

Hay que desordenar toda mi casa,
hay que cambiar de sitio los rincones.
Permitir que cohabite finalmente
el techo con el piso.
Darle al suelo la mano
para que pueda al fin
salir por la ventana.
Mi objetivo es hacer de cada escombros
un extraño y bellissimo juguete.
Que tomen el poder las cerraduras,
las rendijas, el pórtico, la calle.

Sintiendo el picotazo de la frase
que pugna por salir, volverle el nombre
cotidiano de labios a la jaula,

me lanzo hacia la costa
buscando caracoles,
imitación de orejas.

Sufro un hoyo de hormigas en los dedos.
En cada yema cargo pesadillas.
Siento en toda la carne erecto el tacto.

[El tercer Ulises y otros poemas, México, 1982]

PENELOPE

Digámoslo: Penélope no se queda en la casa.
No permanece aquí para cuidar la hortaliza.
Para lavar la cara sucia de los pepinos,
peinar a los elotes, plancharle a las lechugas
los puños y los cuellos. No se queda, en la casa,
al frente de la escoba que al moverse reparte
un infarto en cada uno de los granos de polvo.
No teje la calceta de su matar el tiempo.
No le surce a la ropa sus corrientes de frío.
No se halla en la cocina todo el día incrustada
mirando cómo hierve poco a poco su tedio,
probando a qué le sabe su propia servidumbre
cuando el dedo le pasa su información al gusto,
ordeñándole rayos de sol a las naranjas,
tomando de la mano diferentes sabores
que van, endomingados, a ornamentar la mesa.
No aletea, pelando cebollas y recuerdos,
el pañuelo custodio. No lava los panales.
No cuelga en un alambre la exposición completa
de todo su fastidio, frustración, amargura,
encarnado en manteles, calcetines, calzones
"y camisas que lloran lentas lagrimas sucias".
No teje una promesa .que desteje en la noche
como el flujo y reflujo de un océano de estambre
en que está a la deriva su destino acosado
por la piel pretendiente. No se entierra en la casa.
También sale de viaje. También forja su propia odisea
Penélope. No se queda en la casa.
Se va haciendo camino. Pisa distintas piedras.
Halla flores e insectos que aún no tienen nombre,
que escapan a las fauces de todo diccionario.
Acumula países, aventuras, crepúsculos.
Con su experiencia al hombro va adelante Penélope.

Es cierto que en el viaje, me vive en su conciencia
como yo me la adentro también en el espíritu:
en verdad mi equipaje tiene excedido el peso
por cargar sus caricias, sus ojos, su memoria.
Pero nos separamos. Con un mapa distinto
cada quien en los dedos. En barcos diferentes
que ni una sola gota del mismo mar comparten.
Digámoslo: Penélope no se queda en la casa.

[El tercer Ulises y otros poemas, México, 1982]

CAMINO CAMINANTE

La prehistoria del sendero
nos habla, río que comenta naves,
de su vocación de escenario:
antes de que en su cauce los hombres
se fueran huella a huella desgastando,
Antes de que el dolor, la angustia y el azoro
fueran aposentándose en los zapatos,
antes de que surgiera el que se siente coronado
por sus propios argumentos.
O del que colecciona rechinados de rosas.
O colibríes que sufren la avería de su médula eléctrica.
O el que busca geranios en el ruido.
O el que piensa en el cielo como el día
en que se eternizara su más perfecto orgasmo.

Así estuvo el sendero; desierto,
por los siglos de los siglos
solo y su alma.
Musitando palabras incoherentes
leyendo y releendo las hojas polvorientas
de su tedio.
Jugando -y el juego, en soledad, siempre termina por ser
masturbación-
a que una piedra un día se tornara
un pie que, semoviente, se desliza
hallando en los rigores del camino
la horma de sus audacias.

Mas un día apareció una sombra en la vereda.
Y convirtió al camino en un camino
sin una sola piedra volitiva.
Un ente con los ojos llenos de metafísica y lagañas.
No podía caminar. Iba gateando.
Se diría aplastado por toda su ignorancia.
Aunque su boca hallábase a la altura precisa
en que estallan los gruñidos,
se encontraba husmeando en las inmediaciones
de una palabra. Babeaba, pero su saliva
se encontraba llena de estrellas.
No era una bestia, no.
No era uno de esos seres arrojados
a la danza ritual de la vida y de la muerte
por una ley biológica obcecada,
por la necesidad, por el destino,
el nombre que le damos a todo lo que se halla
a espaldas del cerebro.
No era un ángel tampoco
y hasta arrojaba lodo cada vez que aleteaba.
No realizaba un vuelo de ida y vuelta
a alguna beatitud
con un sagrado tren de aterrizaje.

Era un hombre no más, huérfano y solo
jugando un solitario en una mesa
perdida en los espacios
y que pretende, pobre, hacerle trampa
al infinito mismo.

[La larga marcha, México, 1982]

A ORFEO SE LE ACABO
UN DIA EL TIEMPO

A Orfeo se le acabó un día el tiempo.
 Cuando quiso tomarse el pulso
comprobó que la nada carece de latidos.
 Hizo una larga caminata
a través de sus párpados cerrados
 hasta dar con los Hades.
Llegó a los Campos Elíseos
y buscó a Eurídice por los cuatro puntos cardinales
de la eternidad.
 A todo mundo preguntaba:
¿Han visto a mi amada?
¿Hay un lugar de este espacio
donde la soledad no ejerza su monarquía?
 Todos se alzaban de hombros.
Pero Hermes, que venía departiendo con Eros,
le espetó: pero ¿ignoras que Eurídice
fue resucitada?
 Y otra vez la misma historia.
Cuando Orfeo vivía, Eurídice se hallaba
arropada en la mortaja.
Cuando Orfeo murió, Eurídice fue
reintegrada a la vida.
 Un suplicio más.
 Producto de la falta de puente
entre el mundo de los vivos
y el mundo de los muertos.
 Y Orfeo, mirando la frontera,
gemía: ¿cómo salvar el grosor
 de lo imposible?

[La Larga Marcha, México, 1982]

CIERTA TERNURA CONVERTIDA EN RUEGO

Aquí, en el pozo al que he caído,
no hay más agua que la de mis lágrimas.
¿Por qué no me ayudan a salir?
La oscuridad juega su solitario de párpados.
El sol brilla por su ausencia.
Tengo hasta los huesos enlamados.
Por Dios, bájenme la cuerda,
pónganme el oxígeno al alcance de las manos.
Compadézcanse de este hombre
que al mismo tiempo de precipitarse
sintió que el corazón se le caía
hacia sus pies sin fondo.
Por lo que más quieran
bájenme ya
la línea de la vida...

[El libro de los pronombres, Inédito]

Indice

<i>En familia</i>	
por Salvador Elizondo,	3
<i>Enrique González Martínez,</i>	5
Cuando sepas hallar una sonrisa,	6
Mañana los poetas,	8
Parábola del huésped sin nombre,	9
Casa con dos puertas,	11
Dolor,	12
El hijo muerto,	13
Ultimo viajes,	15
El cuento,	16
<i>Enrique González Rojo,</i>	17
Guijarros,	18
Elegías romanas;	19
Sobre la contemplación	
y muerte de Narciso,	25
Estudio en cristal,	30
<i>Enrique González Rojo Arthur,</i>	33
Invitación,	34
A solas con mis ojos,	35
Penélope,	41
Camino caminante,	43
A Orfeo se le acabó	
un día el tiempo,	45
Cierta ternura	
convertida en ruego,	46

Colección Luna Hiena



Este volumen es el homenaje a tres generaciones de poetas y también una grata reunión "en familia", tal como nos lo deja sentir Salvador Elizondo en su espléndido prólogo. Alicia Torres y el tercero de estos *Tres Enriques* dan aquí el amor puesto a prueba al seleccionar los materiales del presente libro, donde "se acuerdan las voces" de abuelo, padre e hijo y —juntas por primera vez—, estas originales voces se comparten.

Dirección General de Extensión Universitaria
Xalapa, 1985